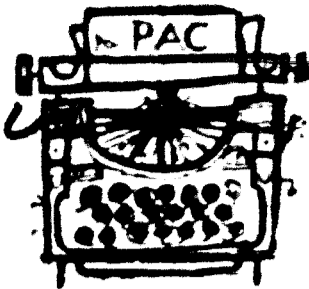


Escrito a máquina

Apuntes de Tipos



1. EL DESLUMBRADOR

No me digan que no lo conocen.

—¿Qué tal, Pablo Antonio?

—¡Hola, Fulano! (Y cae sobre mí).

Tiene la fuerza de un diccionario.

—¿Sabía usted que...? —me dice. Siempre comienza así el asedio, su terrible eficacia para organizar mi humillación. ¿Sabía usted por qué las ruedas del avión no son ruedas tractoras?

—No, no sabía.

Entonces se incorpora, se agiganta, se me echa encima picoteándome con la precisión asesina de sus datos —con su sabiduría fresca, vitaminada— alimentada por “Mecánica Popular”, por “Selecciones”, por inconseguibles manuales efficacísimos sobre las materias más útiles.

—¿Qué tal, Pablo Antonio?

Yo sé que él está midiéndome. Yo soy la ignorancia, la fácil presa de la ignorancia. Y él va a encender la luz. Va a deslumbrarme:

—¿Sabía usted que...?

Y ante mi “no” humillado y analfabeto cae sobre mí, redentor iluminante, enciclopédico. Durante media hora le escucho con exquisita cortesía su extrañísimo sistema de armar antenas direccionales.

2. EL IDEÁTICO

—Usted que escribe... —me dice con voz paternal. O bien, más cariñoso: —Usted que escribe bonito...

Y yo ya sé. Ahora se enciende —luz verde— la idea. —“Tengo una idea”, me dice.

Y viene el caso. Le han cortado el agua porque el empleado que leyó el medidor se ha peleado con su mujer y ¿sabe cuánto me subió la cuenta en un mes?

Otro día es otro tema: los parquímetros.

A veces filosofa: la delincuencia, tema candente.

A veces politiqua: Me habla (en voz baja) contra Somoza.

Y siemore me dicta. Siempre he notado su viva preferencia por mis dotes secretariales.

3. EL FUNERARIO

Digo don Cleopompo porque es singularmente funerario. Pero el mal es endémico. Apenas muere alguien de cierto nombre se moviliza la literatura. Ya don Manuel dice: “Yo creo que pudiera escribir algo hermoso sobre el pobre Adrián. Fue un jodido el Adrián, pero...” (Y coge el papel. ¿Dónde está la pluma? ¿Dónde me pusieron la pluma? Toda la casa se convulsiona. Va a escribir don Manuel). Y don Rosendo lee la nota necrológica sobre el finado. ¿Viste qué simple esa nota? ¿Cómo va a ser posible!... Y la niña Rosa Amelia, la maestra, se acuerda de aquello que “una lágrima, un recuerdo, una flor sobre su tumba”...

Son ya tres artículos. Tres articulitos, dicen ellos. La musa funeral es prolífica, exigente, severamente puntual.

Pero don Cleopompo vivía esquinero y yo lo observaba. No más salía el sol ya estaba con sus tijeras recortando los periódicos: Toda misa de difuntos, todo anuncio de entierro, toda nota necrológica, iba a su álbum. Su lenguaje, altamente técnico tenía la gravedad del luto:

—¿Don Remigio Casco? Feneció el 3 de abril de 1948; fue su progenitor don Celedonio Casco del noble y viril pueblo de Nandaime. Maestro eximio de varias generaciones, pedagogo de sacrificada carrera, no procreó hijos ni tuvo mujer por entregarse de lleno a la noble profesión magisterial.

A las tres en punto don Cleopompo salía, bajo lluvia o bajo sol, con su sufrido traje negro. Hombre de pésames. Y en los días feriados de su ejercicio, impecable orador.

Generosísimo don Cleopompo, espontáneo diputado de difuntos, representante de nuestras ternuras funerales, quién ha dicho

“Somos cobardes

en verdad, en verdad nada queremos

con quien habita el reino de los muertos”?

No. No temamos! Con verdadera fruición generosas almas enlutadas esperan el anuncio de nuestras sentidas defunciones. Muchos párrafos del inevitable discurso ya están escritos.

Y don Cleopompo me llama aparte. Saca de su saco su largo escrito.

—Don Pablo ¿podiera publicarme este pequeño obituario?

PABLO ANTONIO CUADRA